

Un cuento roto.

Una caza a contrarreloj.



# EL RATONCITO PÉREZ

Una reinención de Andrés Cardenete

# **EL RATONCITO PÉREZ**

FICCIÓN

Andrés Cardenete

© 2025 Andrés Cardenete  
Escrito originalmente en el año 2025.  
Reservados todos los derechos.

**H**abíase una vez un ratoncito que buscaba a los niños por las noches. Cuando los encontraba, les ofrecía un succulento trato para que se sintieran felices. No le movía, sin embargo, un sentimiento altruista, pues en ese caso diríamos «regalo», en lugar de «trato». Sus motivaciones tampoco estaban poseídas por un afán mercantilista, al menos en el sentido estricto del término. Más acertadamente, diremos que era un impulso irrefrenable el que le llevaba a salir a las calles de madrugada para colarse en los dormitorios de los pequeños. Sí, este era, sin duda, el arrebató de un coleccionista. Pero ¿cómo iban a entender los amigos o los vecinos del ratoncito tales ambiciones? ¿Qué pasaría si un día uno de esos niños, tan solo uno, lo reconociera ante la policía? ¿Cómo podría tolerar la sociedad sus acciones? Harían falta ciertos sacrificios, por supuesto, pensó mientras acariciaba dulcemente el rostro de Adrián.

*El niño abrió los ojos e intentó gritar, así que le tapó la boca.*

*—Tranquilo, pequeño —susurró el Ratoncito Pérez—. No grites. Vengo a ofrecerte un trato que te hará feliz.*

*Pero el trato que le ofreció nuestro ratoncito solo era un cuento.*

## SEGUNDO ACTO

**R**ecorría a toda prisa y con un pañuelo en la boca el largo sendero que le había indicado el funcionario. Hacía demasiado calor y el inmenso paisaje formado por amasijos de chatarra, bolsas de plástico y comida podrida desprendía una humedad densa, que casi podía observarse. Olía a una mezcla de azufre y amoníaco. Se preguntó si aquel hedor a huevo podrido quedaría para siempre impregnado en su ropa y le pareció paradójica la posibilidad de que la nueva camisa de lino, que se había quitado y ahora llevaba anudada sobre la cintura, acabase días más tarde en aquel mismo lugar. Un grupo de gaviotas graznó a varias decenas de metros sobre su cabeza y pensó que ni siquiera las alimañas se atrevían a bajar a aquel infierno de finales de julio.

Llegó hasta la posición indicada. Uno de los compañeros de patrulla que acudieron tras el aviso la estaba esperando.

—Muy buenas, subinspectora Poyatos —dijo llevando de manera inconsciente la mirada hacia el escote del top blanco.

—No tan buenas, por lo que parece —contestó a modo de saludo—. ¿Dónde está?

—Aquí, a unos metros.

Siguió al agente hasta que este se detuvo y señaló a una pila de escombros y bolsas de plástico. Cristina Poyatos caminó con dificultad entre la basura. En un primer momento le costó encontrar el cadáver, camuflado entre los residuos. Nunca dejaba de sorprenderle esa paz que tienen los muertos y que los hace casi invisibles. Calculó que este no tendría más de diez años. Pese a los picotazos de gaviota y al rostro pálido, parecía un ángel que se hubiera caído por accidente del cielo para acabar en aquel infierno.

—¿Cómo se llama? —preguntó al subalterno.

—Aún no ha sido identificado.

—No. Que cómo se llama usted.

—García. Juan García.

—¿Y su compañero? —preguntó al policía.

—Mi compañero es el agente Manuel Castillo.

—No. Que dónde está su compañero.

Este se revolvió nervioso.

—Se quedó en el coche, no soportaba...

—Deberían estar aquí los dos. También van en parejas para vigilarse.

García no supo qué contestar.

—¿Ha tocado alguien el cadáver? —preguntó Poyatos.

—No. Nadie.

—Ahora tendré que fiarme de usted, claro.

De nuevo, silencio.

La subinspectora desanudó su camisa, la lanzó con despreocupación hacia algún punto indeterminado del vertedero y se agachó junto al cuerpo.

—¿Tiene un bolígrafo o algo así?

El agente García sacó del bolsillo delantero de su uniforme una estilográfica plateada que extendió hacia la subinspectora.

—Tenga cuidado, es un regalo de...

Pero antes de que acabara la frase, Poyatos ya la había introducido en la boca del muerto.

—¡Joder! —exclamó la mujer.

—¿Qué ocurre?

—¡Cabrón de mierda! —espetó.

Después se levantó, sacó su celular y marcó. El comisario Melgarejo descolgó desde su oficina.

—Otro más —dijo Poyatos nada más escuchar la voz al otro lado.

—¡Joder! —exclamó el comisario—. ¿Estás segura?

—Tú me dirás: cadáver abandonado, de unos nueve años o así y con todos los dientes arrancados.

—¡Putra mierda! —maldijo antes de colgar.

Volvió junto al agente García y, sin mediar palabra, le arrancó del uniforme el micrófono del walkitalki.

—Agente Castillo, aquí la subinspectora Poyatos. Si quería usted evitar ciertas situaciones debería haberse presentado a las oposiciones de conserje de guardería. Saque su trasero del coche y venga a aguantar aquí junto a su compañero. Traiga una manta térmica.

Por el altavoz se escuchó un mensaje afirmativo de Castillo al que no prestó atención.

—Cúbralo lo antes posible —ordenó—. Lo último que necesitamos es que las gaviotas sigan jodiendo el cuerpo. Y esperen aquí, los dos, hasta que llegue el forense con toda la parafernalia.

—¿Ya se va?

Poyatos miró alrededor, inspiró el aire nauseabundo y lo exhaló en un suspiro.

—No te jode.

Mientras anduvo el camino de vuelta, pensó en la familia que a esa hora estaría desesperada por recibir buenas noticias sobre el paradero de su hijo. No pudo evitar volver la vista una vez más hacia el lugar en el que había caído desde el cielo. Percibió que algo se movía dentro de una bolsa que había junto a ella y le pareció ver la cola de un ratón que se escabullía.

Isaías había sido el quinto menor asesinado en tres meses. Las víctimas se esfumaban de sus casas y, al cabo de

unos días, apareían en cualquier lugar con todos los dientes mutilados. Los medios no tardaron en convertir la tragedia en carnaza nacional. Pocas veces se había visto a tantos reporteros de grandes cabeceras por las calles de Jaén. Contaban con información de primera mano, pues sus fuentes solían ser los propios familiares de las víctimas. Tíos, sobrinos y cuñados varios que no podían mantener la boca cerrada ante un minuto de gloria. Nunca hubo tanta presión para la policía judicial de Jaén. La habían llamado «Operación Tragantía», que era el nombre de una bruja que, según una leyenda regional, se llevaba a los niños por las noches.

—El director general me ha llamado esta mañana. Va a venir a visitarnos. ¿Cuándo se ha visto eso por aquí?

Eran las diez de la mañana y Juan José Melgarejo iba por el tercer café. Habían pasado menos de cuarenta y ocho horas desde que el pequeño Isaías apareció en el vertedero y la noche anterior se había denunciado la desaparición sospechosa de otro niño en la cercana localidad de Úbeda. El comisario llamó a la sala de conferencias a todos los subinspectores e inspectores de servicio, independientemente de la unidad.

—Inspector Gordillo, ¿qué sabemos de la desaparición del menor de Úbeda?

—Estaba con su madre en el aparcamiento del Carrefour —hablaba de forma robótica como escupiendo las palabras—. Eran cerca de las nueve y media de la noche. Lo había

sentado en el carrito de la compra. Estaba metiendo las cosas en el maletero y el niño desapareció.

El comisario Melgarejo lanzó un gruñido casi imperceptible hacia el techo de la sala de conferencia. Si querían atrapar al asesino y hacerlo rápido, debían ser fríos como el hielo. «Fríos como la subinspectora Cristina Poyatos», pensó. La conocía bien, pues fueron compañeros durante años. Era la mejor baza de la unidad judicial para coger al asesino. Buscó su rostro por la sala, pero no lo encontró.

—Mantengamos la esperanza —continuó el comisario—. Hasta ahora nuestro asesino se ha llevado a los niños de sus casas, sorprendiéndolos mientras duermen. Esta vez es diferente. Podríamos estar ante una falsa alarma. ¿Qué sabemos del niño?

—Ocho años —contestó Gordillo—. Su nombre es Alberto. Tiene una hermana mayor que a esa hora estaba con la abuela. Había ido a recogerla a clases de tenis.

—¿Y sus padres?

—Adela y Marcos. De cuarenta y uno y cuarenta y tres años, respectivamente. Divorciados y en litigio por la custodia de los niños. Ella lo había denunciado por malos tratos.

Al comisario Melgarejo se le iluminó la cara.

—¿Han interrogado ya al padre?

—No. Fue localizado hace una hora y está en dependencias policiales.

—¿Aquí?

—No. En Pontevedra. Hace meses que vive allí y anoche estaba faenando.

—¡Joder! ¿Nadie tiene una buena noticia que darme últimamente? ¿Y dónde narices se ha metido la subinspectora Poyatos?

Hubo un silencio incómodo al que siguió un carraspeo. Melgarejo dirigió su mirada hacia el origen del sonido. Tras la puerta de la sala asomaba la cabeza de un agente en prácticas.

—Perdone, comisario. Estaba aquí esperando a que terminase para no interrumpir. Le he pasado al interfono una llamada. Precisamente es la subinspectora. Lleva un rato esperando.

Melgarejo no había prestado atención a la luz parpadeante del altavoz. Activó la llamada sin contestar al agente.

—¿Dónde estás Cristina? Estamos en la reunión todos menos tú —dijo con aires malhumorados.

—¡Ah, sí! ¡Esa reunión tan útil! —exclamó con ironía—. Es que tenía que pescar algo en el supermercado.

El comisario enmudeció. Podía esperar cierta independencia en ella, pero no un vacile cercano a la insubordinación. Dejó de tutearla.

—¿Qué narices me está contando, subinspectora?

—Escuche, comisario. A Alberto se lo llevó un hombre de baja estatura, complexión ancha. Tez morena. Llevaba una sudadera oscura con capucha, posiblemente de color gris, pero podría ser azul marino o verde oscuro.

Todos en la sala se miraron extrañados, como si a la subinspectora se le hubiera ido la cabeza.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Porque lo tengo justo delante de mis narices.

La noche anterior, mientras todos los que esa mañana habían asistido a la reunión dormían, Cristina Poyatos recorrió los sesenta kilómetros de distancia que separan Jaén de Úbeda. La madre de Alberto denunció la desaparición a los pocos minutos de producirse los hechos. A las doce de la madrugada la despertaron con el aviso. Diez minutos después, estaba en la carretera con un café para llevar y una duda relevante. El perfil de la posible víctima cuadraba: varón de entre ocho y diez años; pero las circunstancias de la desaparición eran muy diferentes a las cinco anteriores. Hasta ahora, el asesino había secuestrado a sus víctimas allanando sus casas mientras todos dormían. Además, sólo había actuado en Jaén. Que Alberto hubiese desaparecido en un lugar público, en otra localidad, a las nueve y media de la noche, era un cambio de *modus operandi* demasiado drástico. Calculó dos posibilidades. La primera era que el secuestrador no fuese el asesino que buscaban. La segunda, que cada vez estuviese más ansioso. Eso significaría que su adicción al placer de la dopamina que le proporcionaba la macabra acción de matar y mutilar niños se estaba incrementando.

Lo mejor para la vida de Alberto era la primera opción.

Lo mejor para la investigación era la segunda opción.

Lo mejor para la investigación era lo mejor para la mayoría.

En cualquier caso, no había tiempo que perder.

Aparcó su Volkswagen Golf en mitad del desolado aparcamiento del supermercado Carrefour de Úbeda. Miró el reloj: era cerca de la una de la madrugada. Al bajarse del coche le abofeteó el calor.

—Joder —se dijo en voz alta—, esto es insoportable.

Tras comprobar la disposición de las cámaras de seguridad, se dedicó a aporrear la puerta del centro comercial durante más de cinco minutos. Lo hizo hasta que un guardia de seguridad, con cara de recién levantado, apareció al otro lado de la reja.

La miró de arriba abajo, extrañado. Solo entonces Cristina Poyatos reparó en que había olvidado vestirse antes de salir. Iba con los pantalones cortos y el top de su pijama rosa de verano.

—¿Qué narices le pasa, señora? —dijo el guardia de seguridad.

La subinspectora se irguió, para vestir su apariencia de cierta autoridad.

—¿Señora? —replicó—. ¡No! Espere aquí.

Pero en lo que tardó en acercarse al coche para recoger su identificación, el guardia había vuelto a desaparecer tras la cortina metálica. Volvió a golpearla. Esta vez tardó menos en manifestarse.

–Señora, por favor, hay un timbre. Pero si sigue así voy a tener que...

Toda amenaza quedó paralizada ante el brillo de la placa policial.

–Mi nombre es Cristina Poyatos, subinspectora de la policía judicial de la Comisaría Nacional de Jaén. Deje de llamarme señora con ese tonito –hizo una pausa–, señor.

Pese a la aparición estelar, no logró ver la grabación de las cámaras de seguridad hasta las diez y cuarto de la mañana. Pasó toda la noche metida en el coche, pero de ninguna manera fue paciente. El primer guardia de seguridad le pidió una orden judicial. Su relevo, que llegó una hora antes de la apertura del centro, usó la misma estrategia y le solicitó que esperara hasta las diez, cuando llegase su supervisor. Poyatos odiaba aquellos formalismos que extendían todo más allá de los límites de la incompetencia. Por más que explicó la premura que le había llevado hasta allí de madrugada, por más que les hizo ver la importancia de todo aquello para la vida de un niño, nadie, hasta la llegada del supervisor, quiso saltarse los trámites burocráticos.

–¡No pringarse por los demás es el deporte nacional! – reprochó al tercer guardia de seguridad que tuvo delante.

Al menos, con todo, le había dado tiempo a comprarse una camisa y unos vaqueros mientras esperaba al supervisor, que fue más comprensivo y diligente. Nada más obtener la imagen, en blanco y negro, comunicó la noticia a Melgarejo.

—Lo tengo delante de mis narices.

«Adela y Alberto llegan a la escena en un Jeep Renegade y lo dejan en los aparcamientos del Centro Comercial Carrefour de Úbeda, a las 20 horas y 52 minutos, según aparece en las cámaras de seguridad. La hora está configurada de manera correcta.

»Ni ellos ni el sospechoso vuelven a aparecer en la cámara que captó el secuestro hasta las 21 horas y 27 minutos, cuando llega Adela con el carro de la compra. Alberto va sentado encima. Lo primero que hace Adela es dejar al niño en la silla de seguridad de los asientos traseros. Después empieza a meter la compra en el maletero, pero se detiene y saca su móvil. Lo revisa y se pone a escribir. Parece que intercambia mensajes con alguien. Mientras lo hace, se apoya en la parte trasera del coche. En ese momento, en un ángulo del plano, aparece una figura que se acerca desde la parte delantera. Está agazapada. Viste una sudadera oscura con capucha. Las imágenes son en blanco y negro, así que es difícil determinar el color».

—¿Estás copiando todo lo que te digo? —pregunta a su celular la subinspectora.

—Sí, claro. Todo. —contestó el agente de turno desde la comisaría.

«Mientras Adela sigue escribiendo en el móvil, detrás de ella, a un metro, la figura abre con cuidado la puerta trasera del vehículo. Se aprecia cómo saca al niño en brazos, parece que le tapa la boca. Cierra la puerta con cuidado y,

entonces, por primera vez, se yergue por completo. Es un hombre. Tez morena. Caucásico. Pómulos huesudos, muy marcados; ojos pequeños, boca pequeña. De rostro estrecho, con la mandíbula fina y alargada. En torno al metro setenta, tal vez menos. Espaldas anchas, muy robusto.

»Se levanta y mira a la madre. Ella sigue apoyada de espaldas en el coche y sonríe al móvil. El hombre también sonríe un instante, como si disfrutara del momento, y se marcha. Adela se vuelve justo cuando el sospechoso desaparece del plano. Termina de meter la compra, cierra el maletero y se acerca a la puerta del conductor. En ningún momento deja de prestar atención al móvil y escribir. Abre la puerta, se sienta y vuelve a salir, ya sin móvil. Nerviosa, rebusca en los asientos traseros.

»No hay cámaras que hayan captado la huida. Un agente vendrá a inspeccionar el resto de las grabaciones, por si el sospechoso ha sido captado por otras cámaras del centro comercial».

—Creo que es suficiente. Termine cuanto antes el informe y lléveselo sin perder un segundo al comisario. Esperemos que el juez sea rápido con las órdenes.

Cristina Poyatos no iba a esperar a la orden del juez. El dependiente de la gasolinera fue más laxo —o tal vez solo quedó más impresionado por la placa policial— que el personal de seguridad del centro comercial. La estación de servicio estaba en la entrada de Úbeda, a unos 100 metros del lugar del secuestro y una de las cámaras enfocaba hacia la

carretera de acceso. Si el hombre que se llevó a Alberto era, en realidad, el asesino que estaban buscando, no iba a cometer el error de llevárselo andando por la calle. Debería haber acudido al centro comercial en coche y, siguiendo el sentido común, habría huido con el niño lejos del lugar, por la carretera. Tras comprobar que la hora que marcaban las grabaciones era la correcta, Poyatos fue apuntando en su libreta el modelo y el color de los coches que abandonaron Úbeda en un tramo de diez minutos desde el secuestro, aunque suponía que el sospechoso habría abandonado la localidad a los pocos minutos. Tiempo. En aquel momento todo se reducía al tiempo. Pensó en Alberto, en su inocencia, y también en sus dientes. Se sorprendió ante la duda que atravesó a traición sus pensamientos y le erizó la piel. ¿Aún los conservaría?

—Acabo de subir al informe la lista de treinta y cinco vehículos. En la cámara no se puede apreciar la fisonomía de los ocupantes. Ni el número concreto. Supongo que el niño iría en el maletero. Por favor, en cuanto tengamos la orden del juez, hágasela llegar a quienes van a revisar las cámaras del centro comercial para que busquen cualquier coincidencia.

Realizó la llamada mientras caminaba de vuelta a su coche en el centro comercial. Juan José Melgarejo la esperaba junto al vehículo. Cristina le dedicó un simpático gesto de sorpresa bajo sus gafas de sol.

—Así que has venido hasta aquí —le dijo en tono de saludo.

—Me has dado una buena excusa para huir del director general. Resulta que viene hoy, en mitad de la investigación. ¿Te puedes creer?

—Menudo coñazo. ¿Por qué no viene también a molestarnos el ministro?

—Ese sólo sacará la colita cuando pillemos al malo.

Todas las dudas que ambos podían tener cayeron sobre aquella última afirmación y se expresaron en el silencio.

Cristina levantó los brazos con las palmas hacia el cielo y se apoyó en el vehículo junto a Melgarejo.

—¿Y ahora qué?

—Pues a esperar. De momento.

Ella apretó los labios en señal de disgusto.

El comisario le dio una palmada en la espalda.

—Paseemos —añadió—. Eso siempre ayuda a pensar, que ya es hacer algo.

Ambos se encaminaron a una avenida que llevaba al centro histórico de Úbeda. El asfalto sustituyó al empedrado.

La subinspectora echó un breve vistazo al reloj de su muñeca.

—¿Crees que el juez tardará mucho?

—Yo he insistido en la urgencia —contestó Melgarejo—. Pero hoy es uno de agosto y aún no son ni las doce de la mañana. ¿Qué quieres? Ya nos hará caso su señoría cuando

haya terminado de desayunarse su tostada con jamón, mientras lee en las noticias que ha desaparecido un pobre niño en Úbeda.

—Joder —suspiró Poyatos—. ¿De verdad no podemos hacer nada más?

—Sabes que he venido para no permitirte sacar los pies del tiesto sin una orden judicial. Eso, a la larga, perjudica la investigación.

—Díselo al pequeño Alberto —levantó de manera automática un brazo y se miró, de nuevo, al reloj—. Si es que a esta hora está para decirle nada.

Otro silencio.

—Creo que a Alberto lo ha secuestrado la persona que buscamos —continuó Poyatos—. También creo que es de esta zona.

—¿Y eso?

La subinspectora señaló su nariz con un dedo antes de contestar.

—Cada vez pasa menos tiempo entre una víctima y otra. Cada vez necesita más sangre o más dientes o lo que sea que le motive a matar. Las anteriores víctimas eran de la capital. Había estudiado mejor los secuestros. Los planificó con más tiempo. Tal vez se desplazó para no cometer los crímenes cerca de su residencia. Creo que esta vez no le importó. Actuó de forma algo más impulsiva.

—Interesante hipótesis.

—Pues claro. Deberías dejarme hacer las cosas a mi manera —le recriminó al comisario.

—Ya harás. Pero con permiso. De momento, elucubra. Hazme caso o después te arrepentirás. Esto es algo más que una redada antidroga.

El comisario dedicó una mirada cariñosa a su antigua compañera.

—También podrías peinarte.

Ambos sonrieron.

Cristina metió una de sus manos bajo su frondosa melena y lanzó su pelo hacia el aire.

—Me gusta así.

Un grupo de niños atravesó un paso de cebrá junto a ellos. Los acompañaban un par de adultos, monitores de un campamento de verano.

La subinspectora los miró y las sombras volvieron a su rostro.

—Antes de ayer... en el vertedero... —hablaba entre pausas, como si tuviera que fabricar a mano cada palabra—. Joder, son angelitos. No me imagino cómo alguien puede... no me acostumbro, Juanjo. Llevamos años en este trabajo y sé que la maldad existe. Y que si lo pillamos... —de nuevo se rectificó—. Cuando lo pillemos, vendrán otros iguales de malvados. El mal es parte de la vida. Simplemente está ahí. Pero no esperaba tener que enfrentarme a un caso así en mi carrera, la verdad.

—Está siendo duro para todos. Agradezco mucho que te hayas implicado. Te necesitamos en esto, Cris.

—Qué remedio...

—Estoy seguro de que lo vas a coger. Llevo años viéndote trabajar. Eres difícil, sí. Complicada como una depredadora. Atraparás a tu presa.

Cristina se imaginó a sí misma como una leona al acecho de un ñu. «Presa». La palabra cruzó la mente de Cristina junto a un destello claro y luminoso, igual que un cuerpo celeste explotando contra la atmósfera en mitad de la madrugada.

—¡Claro, joder! Sus presas... —hizo una pausa, pero su tono estaba alterado por la excitación.

Se llevó una mano a la cabeza.

—¿Cómo no lo he pensado antes? ¡Es muy posible! —exclamó finalmente.

—¿Qué es posible?

Pero cuando Melgarejo terminó de formular la pregunta, la subinspectora Cristina Poyatos ya se encontraba a decenas de metros de distancia. Corría a toda velocidad de vuelta a la gasolinera.

## PRIMER ACTO

«**N**o se te ocurra moverte o gritar, ratoncito, o te pego un puñetazo y te dejo sin dientes».

Héctor nunca fue bueno haciendo amigos. Intuyó muy pronto que no era como los demás. O, al menos, no como la mayoría. Por eso jamás insistía cuando su padre no se levantaba de la cama para llevarle a la guardería. A ciertas edades es triste tener preguntas graves y no quién se preocupe por ofrecer una respuesta. Primero se reformulan. «Por qué los demás tienen madre y yo no» se transmuta en «por qué yo no tengo madre y los demás sí». Más tarde, renuncias a cualquier respuesta. Después, desaparecen las preguntas. Ya te han comido por dentro.

Los agentes de servicios sociales se sorprendieron por la manera en la que el pequeño encajó su ingreso en el centro

de menores. No sólo no pataleó ni lloró como otros, sino que asumió todo el proceso con tranquilidad, curiosidad y un estoicismo impropio de sus seis años. «El menor Héctor Pérez no ha debido tener un desarrollo psicosocial adecuado. Posee ciertos complejos asumidos; entre ellos, el de inferioridad y culpabilidad. Muestra una tendencia a aceptar pasivamente o normalizar experiencias adversas».

Al pequeño no le costó acostumbrarse a la nueva vida. Pese a las amenazas y las agresiones de algunos compañeros, se sentía más seguro que con su padre. Aun así, le habían perseguido sus propios fantasmas. Lo peor eran las noches, cuando se apagaban las luces y todo estaba en silencio. La oscuridad, la cama, la necesidad de dormir le recordaban a su casa. Cada vez que se abría una puerta o algo crujía, Héctor no podía evitar sobresaltarse.

Si hubo alguien con la capacidad de rescatar a Pérez del desastre fue Remigio Manilva. Era el líder de la habitación seis del centro de menores de Córdoba. Héctor fue trasladado allí después de que le pillasen robando películas en unos grandes almacenes. Manilva era buen chico o, al menos, todo lo bueno que podía ser un joven de catorce años y veintidós visitas a los juzgados. Tenía sus principios y era noble con los demás, aunque a veces le podía el ego. Por algún motivo, ese chico nuevo, rarito y callado, le generó cierta simpatía desde el principio.

—Eres pequeño, pero no pasa nada. Puedes ponerte fuerte. Te voy a dejar usar mis pesas. Hasta que hagas bue-

nas espaldas, yo te protegeré.

—¿No es mejor tener buenos brazos? —preguntó Héctor.

—Bueno, los brazos son importantes. Pero si tienes una espalda grande y una cadera ágil, tus puños serán misiles. Hazme caso, mi padre era boxeador. Algún día yo también lo seré.

Se hicieron inseparables. Héctor iba todo el tiempo detrás de Remigio, que le protegía. A cambio, se convirtió en su sparring durante los entrenamientos. Cuando se metían en algún problema, a Remigio no le importaba cargar con la culpa. Su descaro, su optimismo y su arrojo impresionaron a Pérez, que no solo le idolatraba. Además, le imitaba. Cuando percibía que era capaz de parecerse a su amigo, su vida cobraba un nuevo sentido. Todo parecía más luminoso.

Héctor conoció a su hada madrina durante una de las tardes libres de los martes. Le encantaban los martes. Era el día en el que les enviaban a ayudar a una asociación local que repartía comida entre los sintecho: bocadillos, fruta y chocolate con leche. Después, podían comer de todo lo que sobraba y, al acabar, acudían a un parque hasta la hora de la cena. Allí se mezclaban con otros jóvenes de la ciudad. Algunos fumaban. Otros bebían, bailaban o hacían trucos con cualquier cosa que tuviese ruedas. Cuando Remigio no se pavoneaba frente a las chicas, entrenaban boxeo bajo el gran árbol del parque.

—¿Sabes? Eres el mejor sparring que he tenido jamás.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo. Sin lastimarte — contestó Héctor antes de lanzar un directo que fue a parar a la guardia alta de su amigo.

—Sí, eso es importante. Aunque no te cortes, ¿vale? Mi padre siempre decía que uno pega como se entrena.

Dicho esto, asestó un gancho que Héctor eludió agachándose.

—Te mueves de puta madre, cabrón —continuó—. Eres resbaladizo y pequeño, como un ratón.

Al escuchar esa última palabra, algo dentro de Héctor afloró hasta la superficie. Era un sentimiento que llevaba mucho tiempo escondiendo de sí mismo. Tal vez estuvo enterrado, desde siempre, en los recovecos más oscuros de su ser. Y estaba a punto de explotar.

El siguiente gancho de Remigio le impactó de lleno contra la mandíbula y empujó toda su cabeza hacia un lado.

—Hostia, perdona. Nunca bajas así la guardia.

Pero Héctor ya no podía escucharle. Ni siquiera sintió dolor. Más tarde, cuando notase su mandíbula molesta, le costaría recordar aquel puñetazo. Allí, en el parque, Héctor luchaba contra un extraño calor que, como una descarga eléctrica, subía desde algún lugar de sus entrañas hasta su cabeza y, de ahí, a sus músculos.

El directo de izquierda pilló a Remigio por sorpresa. El gancho de derecha lo hizo tambalearse. Un nuevo directo provocó que uno de sus dientes saliera despedido, salpicando de sangre y saliva a un grupo de chicas que se senta-

ban a unos metros. La escena llamó la atención de la mayoría de jóvenes del parque, que lo miraban impresionados. Héctor bajó los brazos. Podía sentir todos los ojos sobre él. Vergüenza. Mucha vergüenza. Todo empezó a darle vueltas y pensó que el aire no llenaba sus pulmones. Entonces la vio por primera vez.

Estaba en cuclillas, junto a Remigio. Sonreía y observaba con curiosidad cómo el joven se retorció de dolor. Héctor pensó que era la mujer más bonita que jamás había visto. Su rostro parecía suave y armonioso, bajo un cuerpo escultural, como esas chicas de las revistas que escondía bajo el cajón de la mesita de noche. Su figura se enmarcaba en un halo blanco, resplandeciente. Sus alas translúcidas eran desveladas por nervios de plata. Lo miró con sus ojos oscuros de noche sin luna y le habló con voz de hielo pulido.

—No te preocupes, mi niño. Estoy aquí para protegerte. Corre a casa. Más tarde lo arreglaremos.

Aquel día Héctor no bajó a cenar. Se metió en la cama a la espera de que pasara el chaparrón. A la hora de dormir, sus compañeros de habitación le dedicaron miradas de soslayo, algunas de ellas con mohines de burla. Remigio, que dormía en la litera superior, no estaba. Escuchó que lo habían llevado al hospital. Pensó que por la mañana tendría problemas con la directora del centro. Tal vez lo trasladasen. Se sintió culpable y pensó en la escena del parque. Sin embargo, al recrear en su mente lo ocurrido, la culpabilidad

dio paso a una especie de satisfacción. Era una sensación nueva y agradable. De victoria. «Estoy aquí para protegerte», recordó antes de quedarse al fin dormido.

Le despertó un ruido en mitad de la madrugada. La puerta de la habitación se había abierto y, bajo el marco de la puerta, reconoció la oscura silueta que la luz recortaba. Llevaba años sin verle, pero estaba seguro de que era él. Después de tantos años le había encontrado. Los músculos de Héctor se tensaron hasta el temblor. Anticipó el olor a alcohol de su padre y el peso de su cuerpo sobre el colchón. Héctor sabía lo que iba a pasar. Lo había vivido demasiadas veces antes de que los servicios sociales le rescataran. Siempre sucedía igual.

Su padre le daría un beso en la frente y le observaría unos segundos. Después, dejaría caer todo su peso sobre él, inmovilizándolo, antes de la primera de las peticiones.

– No te muevas...

Después, la segunda.

–Ni grites.

Y la temida amenaza.

–O te quedas sin dientes, ratoncito.

Tal vez otro beso. Tal vez no, pero sí una nueva petición. Y no sería la última.

–Ahora, quítate los pantalones.

Así sucedería. Así sucedía siempre, y pelear lo hacía peor y más doloroso. Por eso no se movió cuando sintió que el colchón cedía al peso de su agresor.

–Despierta y estate calladito.

Abrió los ojos. Remigio sostenía una navaja que apretaba contra su cuello. Tenía la cara amoratada y le faltaba un diente. Un esbirro le sujetaba por los brazos, otro daba luz con un encendedor.

–Vamos a dar un paseo.

Héctor hizo lo que su padre le había enseñado a hacer: obedecer y permanecer callado. Lo llevaron a los baños. Olía a quemado. No tardó en encontrar con la mirada el soldador de estaño de la sala de tecnología que estaba sobre uno de los lavabos. Ya lo tenían preparado.

–Sujetadle bien. Que no se mueva –ordenó Remigio.

Los esbirros lo inmovilizaron con el brazo sobre el lavabo.

–Eres mejor que ellos.

Su hada madrina le hablaba desde el fondo de los baños. La vio en el espejo, con sus alas de seda y su bello resplandor.

–He venido a salvarte.

Detrás de ella había más personas. Héctor reconoció a los jóvenes del parque que aquella tarde le habían observado con sorpresa.

–Te están mirando todos –dijo su hada–. Es el momento que estábamos esperando. Demuéstrales que tú eres mejor que él.

Remigio llevó el soldador al antebrazo de su víctima e hizo que entrara en contacto con su piel. Pero Héctor no

reaccionó.

—Mátalos. Hazlo por mí, ratoncito —ordenó el hada—. Yo te daré la fuerza.

Otra vez un calor recorrió el cuerpo de Héctor como un torrente que desbordaba su piel e impregnaba sus músculos. Se quitó de encima al primer esbirro de un cabezazo. Con la mano que le dejó libre, arrancó el soldador de la de Remigio y se lo clavó al segundo matón en el hombro. Héctor escuchó a los jóvenes del parque aplaudir con pasión. Después empujó a Remigio y se lanzó sobre él. Cada puñetazo que le asestó fue vitoreado por los espectadores, que gritaban su nombre con admiración. Al tercero, Remigio cayó al suelo.

—¡Termina esto! —exclamó el hada batiendo sus alas con excitación.

Héctor se subió a horcadas sobre el cuerpo dolorido de su agresor y siguió dándole puñetazos. Los aplausos de la masa enfervorecida se mezclaban con el ruido de la carne golpeada, de los huesos quebrados. Cuanto más aplaudían, con más fuerza golpeaba. No supo en qué momento acabó exhausto, tumbado sobre el charco de sangre, junto al cuerpo del que había sido su amigo.

Su hada madrina se colocó en el suelo junto a él. Le pareció que la sangre había impregnado las aristas de sus alas de un precioso rojo brillante. Ella le miraba con orgullo.

—Mira todo lo que has hecho, ratoncito. Te dije que eras mejor que él.

El ratoncito giró la cabeza y contempló a Remigio. Sus jadeos se mezclaban con el gorgoteo de la sangre en su garganta. Hasta donde podía observar, le faltaban todos los dientes. Le pareció alguien insignificante.

—Lo he hecho por ti. Haré todo lo que me pidas —le habló a su hada por primera vez.

Ella le abrazó. Él acurrucó su cabeza entre sus pechos y se dejó mecer en aquella cálida sensación. A sus catorce años, Héctor acababa de descubrir la experiencia física del cariño.

Al día siguiente, el juez lo ingresó en un centro de menores cerrado.

## TERCER ACTO

**E**l pequeño Alberto no podía dejar de llorar. Tenía las manos y los pies atados. Tampoco podía gritar, pues se lo impedía una mordaza. El hombre era tan fuerte que se había apañado para inmovilizarlo sin ayuda de nadie, pese a sus pataleos. Estaba asustado y tenía mucho miedo, aunque el hombre no hiciera nada más que calmarlo.

–Tranquilo, pequeño. No grites ni pelees. No pasa nada.

Tenía una voz áspera y gruesa. El hombre lo depositó sobre el suelo y Alberto notó la superficie fría y húmeda. Todo estaba muy oscuro.

–Te dije que lo conseguiría –decía emocionado–. Te dije que traería aquí a uno de ellos para que tú vieras lo bien que lo hago. Todo por ti. ¿Cómo dices? ¡Claro! ¡Claro!

El hombre hablaba con alguien más, pero Alberto solo le escuchaba a él.

—Lo que sea necesario. Me gusta eso que dices —soltó una carcajada—. Te demostraré que soy mejor que nadie. Sí. Haré que tus alas vuelvan a elevarse muy pronto. Claro, claro. Tu ratoncito, sí. Siempre tengo cuidado, no te preocupes.

Alberto no dejó de forcejear contra sus ataduras. Sintió que las cuerdas de sus pies perdían tensión. Tal vez podría escapar.

Entonces el hombre se puso a horcajadas sobre él.

—¿Tú también la ves?

No podía contestarle porque estaba amordazado.

—Esto es por ella. Y por ti. Nadie va a hacerte sufrir, ya lo verás. Papá no vendrá a visitarte más. Ese es el trato, pequeño.

Entonces sintió la presión de las manos del hombre sobre su cuello. Le dolía y no podía respirar.

Cristina Poyatos observaba con atención las imágenes captadas por la cámara de la gasolinera. En torno a las ocho menos cuarto, el Jeep Renegade en el que iban Adela y su hijo Alberto atravesaba la vía en dirección a la gran superficie. Les seguía de cerca un Ford Fiesta gris. Paró la grabación y cotejó la lista que había hecho anteriormente con los coches que circularon por allí minutos después del secuestro. No había ningún Ford Fiesta gris.

—Mierda —musitó para sí.

Le pidió al empleado que volviera a poner en marcha la grabación. A los diez segundos era un Lancia Delta rojo el que aparecía en pantalla. Volvió a cotejar su propia lista.

«Lancia Delta. Rojo».

Su pulso se aceleró. La intuición, una vez más, no le había fallado. El depredador había acechado en las sombras a su presa, agazapado hasta que encontró la oportunidad.

Volvió a fijarse en el vehículo. Parecía un modelo bastante antiguo.

—Esto es un Lancia Delta, ¿verdad?

—Sí —contestó el chico de la gasolinera—. Y de los viejos. Se dejaron de fabricar en los noventa.

—¿Vienen muchos de estos a repostar por aquí?

—No. Es un coche fácil de reconocer. Hay un chico que tiene uno y que viene de vez en cuando. Pero no le sabría decir nada más.

—¿Moreno, bajito y de espaldas anchas?

—Sí, ese.

—Con eso es suficiente. Gracias.

Observó durante un instante más la difuminada figura del conductor del Lancia congelada en la pantalla.

«Te tengo, hijoputa», pensó.

La emoción hizo que olvidase las tenazas dentro del coche. Sin ellas tendría que arrancarle los dientes a puñetazos y no quería hacerle eso. No, eso no sería un trato justo. Los niños debían de sufrir lo menos posible. Le pidió perdón al hada de manera servil. Pensó que se molestaría por tener

que interrumpir aquel momento tan importante para ellos. Pero ella no se había enfadado. Nunca se molestaba, por eso la consideraba la mejor. Siempre era buena y comprensiva. Y se merecía todo aquello.

Agarró las tenazas. Cuando volvía a la cueva se escuchó un trueno. Olía a tierra mojada. Le encantaba el olor a tierra mojada. Era lo mejor de las tormentas.

Entró en la cueva y percibió que algo iba mal.

—¡El niño ha escapado! —le advirtió el hada madrina—. ¡Encuétralo!

Carlos Chumilla. Ese era el hombre que buscaban. A la subinspectora Poyatos no le costó dar con el propietario del Lancia Delta. En la base de datos de la unidad de tráfico de Jaén solo había registrados una decena de ellos, más de la mitad sin la ITV en vigor. De los tres que estaban en circulación, uno era de la zona. Cristina Poyatos conducía hacia Torreperogil, municipio vecino a Úbeda en el que se encontraba el domicilio de Chumilla. Le acompañaba Melgarejo, que acababa de colgar su teléfono.

—Me dicen que no tiene antecedentes. Solo multas.

La subinspectora guardó silencio. No podía ser otro.

—Escucha —continuó el comisario—, no podemos entrar ahí a saco. Ni detenerlo salvo que lo encontremos con el niño en brazos. Recuerda que, sin una orden, estamos bastante limitados.

Poyatos continuó conduciendo en silencio. Sabía que Melgarejo mentía. Estaba claro que prefería seguir el orden

oficial para evitar molestias, pero, tan cerca como estaban del único sospechoso del caso, no iba a impedirle retenerlo si había una mínima sospecha. Conocía otras investigaciones en las que los informes se manipulaban para que todo cuadrara con la orden judicial. Solo había que evitar demasiados testigos. Reducirlo a la palabra del sospechoso contra la versión policial.

—Solo responderé a mí misma, Juanjo —dijo finalmente—. Así que llama al puto juzgado para ver qué coño les pasa.

Miró el GPS.

—Tienen siete minutos.

Buscó al niño en cada rincón de la cueva, pero no lo encontró.

—¿Dónde estás, pequeño? Sal a la luz. Deja que te protejamos. Solo queremos salvarte.

Después se puso en cuclillas y se llevó las manos a la cara. Empezó a llorar.

—¿Por qué siempre pataleáis y os movéis y ponéis las cosas tan difíciles? ¡¿Por qué?!

Su sollozo rebotó contra las paredes de la cueva. Notó la mano del hada madrina posarse sobre su hombro y apretujó contra ella la cabeza en busca de consuelo.

—Lo siento. Siento haberte decepcionado. No te lo mereces.

—Tranquilo, ratoncito. Pero no llores, por favor. Sal y búscalo. Necesito que lo hagas. Tráelo de vuelta y acaba lo que has empezado. Yo te daré la fuerza. Siempre lo hago.

Carlos Chumilla vivía en una casamata de Torreperogil. Antes de llegar a la puerta, la subinspectora echó un vistazo a la calle en busca del Lancia Delta, pero no vio ninguno. Calculó que esa era una mala señal.

Melgarejo hizo sonar el timbre. Poyatos apoyó un hombro en la pared, junto a la entrada, y llevó una mano a la espalda, cerca de la Glock que enfundaba bajo la camisa.

Carlos Chumilla abrió la puerta. Pálido como la cal, las piernas y los brazos largos. El paso de los años había encorvado su columna. Rondaría los ochenta años. Supo que no era su hombre.

–Buenas, ¿aquí vive Carlos Chumilla? –preguntó Juan José Melgarejo.

–Sí. ¿Qué quieren?

–¿Es usted?

El hombre los miró desconfiado. Se escuchó el fuerte sonido de un trueno que anunciaba tormenta. Melgarejo se apoyó en la puerta para evitar que la cerrara.

–Somos agentes de la policía nacional y...

Cristina Poyatos le interrumpió.

–¿Tiene usted un Lancia Delta rojo?

–Sí.

–Estuvo usted ayer en el Carrefour de Úbeda.

–No. Hace años que no conduzco. Ya no tengo reflejos.

El anciano contestaba de forma automática, aún con gesto de sorpresa, como si la situación le pareciera surrealista.

—¿Se lo han robado?

—Que yo sepa no.

—Pues ayer su coche estuvo dando vueltas por Úbeda, señor Chumilla.

—Sí, claro. Sería el chico que me cuida el cortijo. ¿Ha pasado algo?

Poyatos y Melgarejo se miraron.

—No. No pasa nada. —contestó el comisario—. ¿Y cómo se llama el chico, señor Chumilla?

—Héctor.

Héctor Pérez pensó que el niño debió huir en la dirección contraria a la que él fue a buscar las tenazas. De lo contrario, se habrían cruzado al volver. Estaba bastante seguro de eso. Tenía oído y vista de buen cazador. El niño no podría haberse escondido a su paso sin que él lo notara. Aun así, retrocedió hasta el coche y cogió la escopeta de caza que escondía bajo el maletero. Después, emprendió el camino hacia el pantano.

—Este niño de mierda se va a enterar.

La subinspectora conducía a toda velocidad por una carretera de montaña hacia el cortijo de Carlos Chumilla. El comisario, agarrado al asidero del copiloto, rezaba para no caer por una ladera. Mientras tanto, por el altavoz, el funcionario de prisiones encargado de la condicional de Héctor Pérez les relataba su vida y obra.

«Fue destinado a un centro de menores cerrado por propinarle una paliza a un compañero. Casi lo mata. Allí no

tardó en hacerse respetar. Era bastante famoso. Al parecer, no era un lugar muy bien gestionado o vigilado y, por las noches, los niños se escapaban al gimnasio y montaban peleas clandestinas. Está todo documentado porque aquello dio lugar a una comisión de investigación y el centro fue clausurado más tarde. La cosa es que parece que allí Héctor encontró su elemento. Según los testimonios de los propios niños, nunca perdió una pelea.

»Por lo demás, no generó ningún problema de convivencia y, cuando cumplió la mayoría de edad, fue puesto en libertad. Tuvo varios trabajos, todos precarios. Se apuntó a un gimnasio y empezó a boxear de forma federada. Sobre el ring se hacía llamar el Ratoncito Pérez. Hasta entonces llevaba una vida normal, dentro de lo que cabe. Al menos para alguien que se ha criado en centros de menores.

»Hay un informe de la psicóloga penitenciaria en el que se cuenta que todo pareció cambiar para él con el fallecimiento de su padre. Era su único familiar vivo. Pidió permiso en el bar en el que trabajaba para ir al entierro y nunca más volvió. Se dio al alcohol y a las drogas. A los meses intentó retomar su carrera de boxeador, pero su entrenador no se lo permitió por no estar en condiciones físicas ni psicológicas. Eso aceleró su decadencia. Visitó el juzgado en varias ocasiones por hurtos. Luego fueron robos con violencia y acabó en la prisión. Más tarde agresiones sin motivo. Se había vuelto más agresivo y un asiduo de la cárcel. Iba y venía como tantos otros. En los últimos meses parecía

que se encontraba mejor. Pasó el tercer grado sin problemas. Cuando le dimos el cuarto participaba en un programa...»

—Está bien —cortó Poyatos antes de que el funcionario empezase con la retahíla de excusas para justificar su puesta en libertad—. Dígame una cosa, más: ¿cómo es?

—Ya le digo que algo inestable y peli...

—No. Físicamente.

—¡Ah! Es bajito y fuerte. Un tipo duro. De nada les servían los protectores a sus rivales.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que el Ratoncito Pérez era famoso porque sus puñetazos hacían saltar los dientes.

Empezó a llover de forma suave. Alberto sintió que le faltaba el aire y salió del camino para encontrar un lugar en el que esconderse. Le costaba correr con las manos atadas. Estaba muy asustado. Se recostó junto a una piedra. El corazón quería salirse del pecho. Jadeaba. Le costó mantener la respiración cuando escuchó que alguien se acercaba por el camino. Por el crujir de las hojas bajo aquellos pasos dedujo que estaba casi a su lado.

El Ratoncito Pérez se acababa de poner la capucha para protegerse de la lluvia ligera. De repente, se paró y subió la escopeta en dirección al margen derecho del camino. Le había parecido escuchar algo. Percibía que el pequeño estaba cerca. Casi podía olerlo. O tal vez hubiese sido un leve jadeo, como un susurro, que su cerebro captó de manera in-

consciente. Sí, algo se estaba moviendo a unos metros. Apuntó el arma en esa dirección.

—Amigo, sal de ahí. Voy a ofrecerte un trato que te hará feliz. Todos seremos felices.

Entonces lo vio. Un zorzal batía las alas y volaba hacia la montaña.

El Ratoncito Pérez continuó su marcha.

A los pocos minutos de que el asfalto se convirtiera en tierra y piedra, los agentes pudieron ver el cortijo de Carlos Chumilla en la ladera de la montaña. Al llegar a la entrada el portón estaba cerrado y no había rastro del Lancia Delta.

—¡Mierda! —exclamó el comisario Melgarejo.

Empezó a lloviznar. Poyatos desvió la mirada a las nubes. Observó la figura de un águila real planear bajo ellas. Al volver la vista otra cosa más llamó su atención.

—Mira, allí.

Señaló hacia un claro que había a quinientos metros hacia el pantano. Se podía observar un punto rojo entre el frondoso verde del bosque de pinos. Era un coche.

Se subieron al Golf y llegaron al lugar en el que encontraron el Lancia Delta. Se miraron sin decir una palabra, bajaron y desenfundaron sus pistolas. Se aproximaron con cautela al coche, pero no hallaron nada más que un sendero que seguía hacia el pantano. Debían continuar a pie.

—Vamos —dijo Poyatos antes de escuchar aquel sonido en la lejanía.

Por un instante quiso engañarse con que había sido un trueno, pero estaba segura de que fue un disparo.

Alberto esperó escondido tras la piedra el tiempo suficiente hasta que pensó que su perseguidor ya estaría lejos. Entonces salió al camino y se puso a correr, aún con las manos atadas, de vuelta a la cueva.

En ese instante, el Ratoncito Pérez pensó que el niño no podía haber llegado tan lejos. Lamentó su mala suerte. El calor se adueñó de sus músculos. Un acto impulsivo le llevó a disparar contra la montaña. Caminó a toda prisa, con la escopeta cargada, en dirección a la cueva.

Las nubes se arremolinaron en un amasijo oscuro. La lluvia se precipitó con una fuerza extraordinaria. Parecía el fin del mundo.

Empapados, Poyatos y Melgarejo encontraron una cueva en la que resguardarse. Al entrar, notaron un extraño olor y decidieron explorarla. En realidad, era una oquedad de no más de cuarenta metros cuadrados que alguien estaba usando de vivienda. Había un saco de dormir, cantimploras, restos de comida sobre papel de aluminio y velas. Algunas aún encendidas. Ni rastro del niño.

—Mira —dijo Melgarejo.

Levantó un trozo de cuerda que había encontrado en mitad del frío suelo. Poyatos se acercó a él y encontró a unos metros las tenazas. Miró fijamente a su compañero.

—Joder, Juanjo.

—¿Eso es sangre?

—Parece que sí. Está seca.

—Pues lo tenemos. Pidamos ayuda.

Se escucharon unos pasos en el camino. Ambos salieron y apuntaron en dirección al lugar del que provenían.

Alberto vio a las dos personas que salían de la cueva. Pensó que había más. Las pistolas apuntaban hacia él. Se sintió muy asustado. Amarillas manchas brillantes de bordes morados inundaron su vista. El cuerpo le pesaba. Se desmayó.

Melgarejo se agachó junto al chico y comprobó sus signos vitales mientras Poyatos, sin soltar la pistola, vigilaba en todas direcciones.

—No está herido —dijo al fin el comisario—. Pero necesitamos sacarlo de aquí.

Ambos se miraron una vez más. Poyatos le extendió las llaves del Golf. Melgarejo negó en un gesto que indicaba cierta frustración anticipada.

—Cris...

—Escucha. No hay otra manera. No vamos a perderlo ahora. Llévate al niño. Yo pediré ayuda.

—No hagas ninguna locura.

Se levantó con el niño en brazos e inició el camino de vuelta. Cuando su compañero giró el primer recodo, Poyatos guardó un instante su arma y sacó su teléfono. La pantalla táctil del celular no respondía adecuadamente bajo los impactos de la lluvia, así que caminó unos pasos hasta la

entrada de la cueva. Entonces sí, marcó el teléfono de uno de sus compañeros.

Pero antes de poder iniciar la llamada, una voz profunda y áspera le heló la sangre.

—¿Qué haces aquí?

Cristina se dio la vuelta. No tenía dudas. Allí estaba, con sus pómulos marcados, sus ojos pequeños y su mandíbula alargada. Era el rostro que había visto en las grabaciones de seguridad del centro comercial.

El Ratoncito Pérez.

Valoró sacar la Glock y arrestarlo allí mismo, pero la escopeta de caza que el hombre llevaba apuntando hacia el suelo le obligó a buscar otra alternativa.

—¡Gracias a Dios que le encuentro! —pronunció con tanto pavo como pudo—. Me he perdido. ¿Sabe cómo se vuelve al camping de Coto-Ríos?

El Ratoncito Pérez le dedicó una mirada curiosa. Se mantuvo unos segundos en silencio. Aquella mujer estaba siendo muy inoportuna. No sabía si el niño aparecería y le delataría. En ese caso, tendría que matarlos a los dos. Pero él nunca había hecho daño a mujeres. Aunque, si aparecía el niño, tendría que hacerlo.

La subinspectora llevó por instinto su mano a la espalda, cerca del arma.

—¿Y bien? —dijo con la mejor de sus sonrisas ensayadas.

El ratoncito pensó que lo mejor sería sacarla de allí cuanto antes.

—Tengo el coche cerca. Puedo llevarte, si quieres. Con esta lluvia.

—¡Muchas gracias! —exclamó pizpireta—. Es usted un encanto.

De camino al coche, el ratoncito pensó que era muy guapa, pese a tener el pelo mojado y desordenado sobre la cara. La subinspectora, sin embargo, aparentaba tranquilidad, pero se sabía en peligro. Haber aceptado la invitación le permitía mantenerse cerca de él. Además, el trayecto en coche hacia el camping los acercaría a Melgarejo. Recordó que no había podido pedir refuerzos y rezó porque su compañero no tardara mucho en volver. Si llegaban al camping, tendría que detenerlo a la fuerza. Pérez dejó la escopeta en el maletero.

—¿Y cómo ha llegado usted aquí? —preguntó el ratoncito antes de arrancar el motor.

Miró la camisa mojada de la chica, que se pegaba a su cuerpo. No llevaba sujetador.

«Al menos, el imbécil ha picado el anzuelo», se dijo la subinspectora.

—Es que soy muy curiosa. Y siempre meto la pata. Estaba aburrida en el bungalow y decidí ir a dar un paseo. Me he quedado con las ganas de llegar hasta la orilla del pantano. ¿Cómo te llamas?

—Héctor —contestó el ratoncito—. ¿Y tú?

—Alicia —respondió—. Gracias por salvarme, Héctor.

Pérez sonrió abriendo aquel hocico estrecho. Poyatos creyó ver la cara del diablo.

—Perdón por asustarte antes —le dijo.

—¡Ah! No te preocupes. Es que, claro, apareces así con la escopeta.

Al hacer referencia a la escopeta, el ratoncito volvió a ser consciente de la situación: un niño andaba por ahí intentando escapar. Si lograba dar con alguien y contarle la historia, echaría todo a perder. Estaba siendo estúpido arriesgándolo todo por una mujer. Aceleró el vehículo. Poyatos advirtió su nerviosismo.

—¿Para qué es?

—¿El qué? —respondió ya en un tono más adusto.

—La escopeta.

El ratoncito pensó un instante.

—¡Ah! Para nada. Hay un zorrillo por la zona que está destrozando la cosecha de mi jefe. Me pareció verlo.

—Vaya, cómo os las gastáis por aquí. Sois tipos rudos.

El ratoncito no contestó. Quería llegar al camping, perder a esa chica de vista y buscar al niño. Si lo encontraba, si terminaba lo que había empezado, tal vez volvería más tarde y la invitaría a una cerveza.

Sonó el móvil de la subinspectora.

—Vaya —dijo sosteniéndolo en la mano—. Mis amigos ya me echan de menos.

Observó el número. Era de los juzgados.

—¿Sí?

—Hola, subinspectora. Soy Francisco Muñoz, el secretario judicial.

—No sabes el susto que me he llevado. He salido a dar una vuelta al pantano y me he perdido. Menos mal que me he encontrado a un lugareño que me está llevando de vuelta al camping de Coto-Ríos.

—¿Poyatos? ¿Le pasa algo? Le llamo para decirle que el juez ha tramitado ya la orden para detener a Carlos Chumilla.

—Sí, sí. Claro. Tranquilos, no hará falta. Ya os digo que vamos de camino a Coto-Ríos. Este señor me llevará hasta allí. Estaba cazando un pequeño zorrillo con su escopeta y me lo encontré.

Hubo un silencio. El secretario judicial no sabía qué contestar.

—Avisa a todos de que nos vemos allí en el camping —continuó Poyatos—. Ya casi estamos llegando.

Hizo el gesto de colgar la llamada, pero la dejó activa y bajó el móvil. Pensó que, si escuchaba su conversación con Pérez, el secretario ataría cabos.

Fue consciente de su primer error cuando el altavoz escupió aquella frase en un volumen casi imperceptible, aunque audible.

—No entiendo nada, subinspectora.

Esperar que él no lo hubiera escuchado fue el segundo error.

El calor inundó su cuerpo. Siempre era una sensación placentera. En aquel éxtasis veía el mundo estallar en colores, no era oscuro como el dormitorio de casa de papá. Nada malo le podía pasar con ella. Sus manos dejaron de sujetar el volante y se anclaron a la garganta de la otra mujer. Apretó con fuerza. La sintió revolverse bajo él. Pero sabía que ya era tarde para ella.

El coche comenzó a dibujar sobre el asfalto un nudo de vaivenes. Sin llegar a detenerse, golpeó de forma insistente contra los árboles de un lado y los quitamiedos del otro.

Cristina no se revolvía para intentar zafarse. Quería hacer hueco bajo el asiento para llegar a su pistola, mientras jadeaba con fuerza para intentar que algo de oxígeno llegase a sus pulmones. Lo primero que hizo cuando la empuñó fue retirar el seguro, después llevó el cañón al estómago del ratoncito que, al sentir la dureza de la boca del arma, cambió su expresión de odio a una de sorpresa.

—Toma coño, ratoncito.

Pudo disparar dos veces antes de que el roedor se impulsara contra la puerta del conductor y se hiciera un ovillo. Intentó llegar al volante, pero el coche ya había abandonado la carretera. El morro golpeó un tronco y todo el vehículo se levantó. Rodó de costado y ya nada lo frenó. Al llegar a un saliente se precipitó decenas de metros sobre el pantano. Impactó contra el agua y se hundió cinco metros, sobre la superficie fangosa del fondo.

Cristina Poyatos notó que flotaba. Luego hubo un impacto y su cuerpo le pareció tan pesado como un piano. Sintió sus huesos crujir contra el salpicadero antes de que todo se volviese oscuro. Estaba perdiendo el conocimiento. El dolor en el pecho la espabiló. El agua helada del pantano había entrado en sus pulmones como si mil cuchillos los atravesaran. Frente a ella, un reguero de sangre señalaba un camino hacia la ventanilla rota. El Ratoncito Pérez trataba de escapar por ahí. Ella estiró una mano y logró agarrarse a una de las zapatillas de él. Luego, la otra mano. El roedor aún tenía suficientes fuerzas para luchar y nadó fuera del vehículo. Ella lo siguió sin soltar su zapatilla.

El Ratoncito Pérez forcejeó. Volvió la cabeza para mirarla. Tras ella, un rostro familiar. Su hada madrina le sonreía. Vio como agarraba a la mujer y batía sus alas hacia el fondo.

Cristina Poyatos trató de tocar el fondo e impulsarse antes de sentir aquella presión alrededor de sus piernas. El pantano la atraía hacia sus entrañas. Se aferró a la zapatilla con más fuerza, pero el pie del Ratoncito Pérez ya no estaba dentro. Vio unas alas que se batían a su lado. Un águila real alzaba el vuelo junto a ella, desde las profundidades. Le fascinó la majestuosa forma en que alzaba el vuelo bajo el pantano. Con un vigor extraordinario, el águila abandonó el agua y, aún con las plumas mojadas brillando bajo el sol, surcó el cielo y planeó en paz hacia las estrellas. Ella pudo verlo porque se estaba alzando a la par. A su lado.

Meses después de que Cristina Poyatos fuese encontrada en el fondo del pantano, con las piernas enterradas en el fango, el pequeño Ezequiel se cepilla con fuerza los dientes. Se mete en la cama, le da un beso a la foto de su madre sobre la mesilla y apaga la luz. Entonces nota algo extraño en la boca. Mueve la lengua y descubre un cuerpo duro sobre ella.

La puerta del dormitorio se abre. Bajo el marco, la silueta de un hombre. Se acerca a él y se sienta en la cama. Le da un beso en la frente.

—Mira papá —dice el pequeño sonriendo.

Sobre la palma de su mano brilla el diente que acaba de sacarse de la boca.

—¡Tu primer diente caído! —le dice—. Ahora tienes que meterlo debajo de la almohada. Así, si el Ratoncito Pérez viene a visitarte, te dejará dormir en paz.



[andrescardenete.com](http://andrescardenete.com)